

## SUMARIO

*El problema de Marruecos.—A propósito de la división del cuerpo de Administración militar, por el Capitán Subrio Esecápula.—El enlace de las armas sobre el campo de batalla, por A. Collon, comandante de artillería belga.—Tentativas de mejora del estado mayor francés.—Holanda en un conflicto internacional.—Bibliografía.*

### BIBLIOTECA

Pliegos 35 y 36 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Wartenburg.

Pliegos 21 y 22 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.

### EL PROBLEMA DE MARRUECOS

La política de la guerra está íntimamente relacionada con el desarrollo de las operaciones militares. En este concepto, parece útil dedicar algunas palabras al reciente tratado franco-alemán sobre Marruecos, porque ha de guardar forzosamente estrecha conexión con nuestra acción militar en aquel país. Por lo demás sólo le dedicaremos algunas líneas, las menos posible, para hacer resaltar la influencia de aquel tratado en nuestro porvenir, desde el punto de vista militar.

El acta de Algeciras, bien que confiriendo una misión especial y mancomunada á Francia y España, ponía á todas las naciones en un pie de igualdad en lo que se refería al llamado imperio marroquí, de suerte que la preponderancia de una cualquiera de ellas podía encender en cualquier momento un grave conflicto europeo, de más trascendencia aún que el del extremo Oriente de Europa. Por otra parte, abierto el Mogreb á todos los apetitos, era difícil que como consecuencia de una guerra en nuestro continente, se decidiera la suerte del Imperio, toda vez que aparte de los beligerantes, otros pueblos podían argüir que tenían derechos, más ó menos discutibles, sobre aquel pedazo de tierra africana.

Al abrirse las negociaciones, Alemania sentó como condición preliminar que no quería entenderse más que con una potencia en lo que atañe á Marruecos, y esa potencia fué Francia, quedando descartada Inglaterra, la más temible é irreductible, y las demás bañadas por el Mediterráneo. Reconocida por el tratado la influencia preponderante de Francia, aparte de la que nos corresponde, pasará la parte disponible de Marruecos á integrar las posesiones de la República para todos los asuntos internacionales y correrá en lo porvenir, como la Argelia, la suerte de la metrópol-

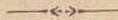
li; esa aparente cesión de Alemania abre grandes obligaciones á Francia y le impone durante algunos años costosos sacrificios en sangre y dinero; dominados los marroquíes, si sobreviene una guerra entre Alemania y Francia ó entre Francia é Inglaterra—lo cual parece más difícil,—la nación victoriosa, si no es Francia, acaso pida como compensación Marruecos, y se quede con el Imperio sin haber hecho nada para conquistarlo ni para civilizarlo, es decir, que realizará una anexión sancada y valiosa, dejando los quebrantos á cargo del pueblo vencido.

Resulta, por consiguiente, que Alemania, por medio del reciente tratado, se prepara un porvenir de esperanzas, que en modo alguno podía abrigar en tanto no hubiera descartado de la cuestión á las demás naciones europeas.

Durante el período de sumisión, se abre una fuente de debilidad á la nación vecina; después la presa será para el más fuerte. Solo, pues, teniendo en cuenta este punto de vista, resulta favorecida Alemania, y mucho más recordando las adquisiciones que acaba de realizar en el Oeste africano á costa de los franceses.

De las naciones de segundo orden, tal vez la que más le conviene tener á su lado Alemania, es España, cuya amistad le pondría en condiciones de decisiva ventaja en caso de guerra con Francia; y por ende no es de presumir que nos venga de Alemania una resuelta hostilidad cuando llegue la ocasión de hacer valer nuestros derechos en Marruecos. Verdad es que apoyará á Francia, pero hay muchos modos de apoyar, y aunque el auxilio moral que le preste sea sincero y de buena fe, no debe olvidarse que en el fondo ningún interés tiene Alemania en echarnos del lado contrario. De lo que resulta que el tratado recientemente firmado no ha de considerarse en el fondo como desfavorable para nosotros.

Debe, pues, el ejército estar cada día más preparado para desempeñar en lo futuro el activo papel que le reservará probablemente el destino y nuestro porvenir como nación.



#### A PROPÓSITO DE LA DIVISIÓN DEL CUERPO DE ADMINISTRACIÓN MILITAR

Con la división del cuerpo de Administración militar en otros dos: Comisariado ó Intendencia y el de Intervención, ha quedado satisfecha una necesidad hace tiempo sentida, y borrado el anacronismo de que un mismo organismo ejerciera á la vez funciones que se excluyen. No está todavía definitivamente organizado el cuerpo de Intervención, pero es de suponer que no tardarán en ser conocidas las bases de su constitución definitiva para el porvenir, con lo cual quedará terminado este difícil problema.

De la misma manera que se ha dividido el cuerpo administrativo, de-

biera dividirse el cuerpo de Ingenieros. Se agrupan en el de Intendencia todos los servicios exclusivamente militares, y conserva el de Intervención la parte burocrática y de inspección, esencialmente de oficina, que puede desvelarse casi sin variaciones lo mismo en tiempo de paz que en el de guerra.

El cuerpo de Ingenieros tiene á su cargo una gran variedad de cometidos, todos ellos importantes, y no pocos difíciles y que requieren una constante práctica. Se les puede agrupar, no obstante, en servicios meramente técnicos y servicios preferentemente militares. En los primeros clasificamos todo lo relativo á construcción de edificios y obras de fortificación permanente; mientras que en los segundos se comprenden los del zapador y los de comunicaciones. Hay tanta divergencia entre las dos clases de funciones, que únicamente gracias á una extraordinaria laboriosidad y relevante celo se hace posible que un jefe ú oficial pase á desempeñar sin inconveniente un destino técnico desde otro militar y recíprocamente. Pero como el progreso de la industria y las nuevas aplicaciones científicas de los adelantos modernos, aumentan de día en día y crecerán en número é importancia sin cesar, convendría facilitar la misión á los jefes y oficiales de Ingenieros, creando las dos especialidades mencionadas; así y todo, no pecaría de fácil y sencillo el desempeño de ninguno de los dos.

Es cierto que no en todas las naciones existe esa separación entre las funciones exclusivamente técnicas y las militares, siendo casi general que el cuerpo de Ingenieros las tenga indistintamente á su cargo. Ello, no obstante, no es óbice á la reforma, que creemos necesaria. Si bien se mira, no está más justificada la división del cuerpo administrativo, que lo estaría la del de Ingenieros.

No son las mismas las condiciones que se precisan para dirigir y proyectar un edificio que para mandar una compañía de zapadores en campaña, por ejemplo. Aparte de que los conocimientos generales pueden ser los mismos para las dos ramas, el desempeño de cada una de ellas exige una práctica constante al servicio de una vocación muy decidida. Si el ascenso de un empleo al siguiente no implicara casi siempre el paso de un servicio á otro, todavía podría admitirse el sistema actual; pero no acontece así. Y es sensible que el Estado, para no hablar del individuo, pierda toda la experiencia y la práctica atesorada por un jefe ú oficial en uno de los servicios, por verse obligado á destinarle al otro.

Repetimos que tal vez se arguya contra lo que proponemos, que hasta ahora el Cuerpo de Ingenieros ha desempeñado todos los papeles que les asignan los reglamentos vigentes sin la más leve deficiencia. Esto se está obteniendo á costa de un esfuerzo grandísimo, que cada día se hace más difícil, y, sobre todo, se impone el ir especializando los servicios que requieren aptitudes diferentes. Tal vez las cosas no irían mejor con la di-

visión, pero ganarían los oficiales y ganaría el Estado, que dispondría de un personal más especialista, y podría, en el cuerpo de constructores, prescindir más que hasta ahora de la gerarquía de sus funcionarios y conservarlos en los puestos en que fueran más útiles sus servicios, sin las trabas que ahora impone el ascenso.

La reforma que indicamos no puede ser inmediata ni obra del momento. Pero es conveniente que se vaya pensando en ella para estudiarla y darle en la ocasión oportuna la solución más acertada.

### LOS ITALIANOS MAESTROS EN EL SECRETO DE LA GUERRA

La guerra más ó menos cruenta entre Italia y Turquía da caracteres de actualidad á un asunto del que se ha ocupado más de una vez esta REVISTA.

Desde que Italia lanzó su declaración de guerra, andan que beben los vientos los corresponsales de la prensa, apurando cuantos medios les sugiere su ingenio para encontrar noticias sensacionales ó por lo menos aproximadas á la verdad, ya que ciertas y exactas rara vez las dan tratándose de cosas de guerra. Pero á pesar de su inteligencia y de su ingenio, no consiguen averiguar nada más que lo que consta en los anuarios oficiales, al alcance de cualquiera, respecto de los generales que mandan las divisiones y brigadas y composición de éstas. No se sabe ni una palabra sobre los propósitos de los italianos, ni sobre las operaciones que están realizando en la Tripolitania y la Cirenaica, y todavía menos, si es posible que haya menos que el no saber nada, sobre los movimientos de las escuadras. El Gobierno se mantiene inflexible en el secreto de la guerra y nada hay que pueda quebrantar las órdenes rigurosas que tiene dadas para la censura de la prensa y de las noticias de toda clase que se relacionan con el conflicto internacional.

Cuando la guerra ruso-japonesa se habló mucho de la reserva, realmente inaudita y extraordinaria, de los japoneses, contrastando con la inocencia, facundia é incontinencia de palabra de los rusos; pero si bien todos apreciaron las grandes ventajas que á un pueblo en estado de guerra reportaría la conducta de los japoneses, recordándose á este respecto la influencia que en las operaciones militares ejercieron ciertas noticias divulgadas por la prensa en 1870 y en campañas posteriores, fué opinión casi unánime que tratándose de una guerra en Europa no sería posible conseguir un secreto tan extremado como el logrado por los nipones; se dijo también, y todo el mundo lo creyó, que sólo gracias á la idiosincrasia y carácter especial de los japoneses pudo guardarse el secreto, y que si otro cualquier pueblo hubiera habitado en el Japón, el gobierno no lograra su propósito de mantener la reserva, pese á las precau-

ciones que tomara y por mucha energía que desplegara en la observancia de sus órdenes.

Pues bien: ahora Italia, en el centro del Mediterráneo, con fronteras á grandes Potencias y en mares incesantemente recorridos por innumerables barcos mercantes y vigilados por barcos de guerra en número no despreciable, está demostrando que es perfectamente posible un secreto al estilo japonés, sin necesidad de acudir á medidas de represión ni á violencias de ninguna clase.

Claro es que la opinión pública quedaría más orientada si tuviera á menudo noticias de la guerra y la masa de los lectores de los periódicos saciarían su curiosidad contando el número de muertos y heridos é imaginándose la guerra vista bajo un prisma heroico y teatral. Pero á la nación le importa muy poco que se sacie ó no la curiosidad femenil y chismosa de los desocupados, y en cambio le conviene que se realicen con la menor efusión de sangre y el menor tiempo los ideales nacionales que la han movido á la guerra. Y le conviene también á la nación que no se tenga noticia diaria y detallada con todo linaje de pormenores de las operaciones, porque con ello padece el prestigio del ejército, sobre todo si ocurre alguna pequeña operación poco [afortunada; con esa información prolija y abusiva, se multiplica el número de los estrategas y tácticos de café; se da lugar á que los generales y jefes de columna sean censurados, casi siempre sin motivo, y en último término se resta fuerza moral al ejército y al gobierno.

Cuando se está en guerra con otro pueblo, lo que importa y conviene no es tener á todo el mundo al corriente de lo que pasa en todos los momentos del día, sino que se obtengan sin tropiezo y en breve plazo los objetivos de la guerra. Le basta al público curioso saber luego el resultado de la guerra, sin perjuicio de que á posteriori conozca todos los episodios y detalles interesantes. Más delicado es el estado de guerra que cualquier negociación diplomática, de modo que lo menos que puede pedirse es que se mantengan el mismo secreto y reserva en aquél que en éstas.

Hay que tener muy presente que á la nación le interesa el fin, y no la distracción de los que leen periódicos cuando saborean el desayuno ó les arrulla el sueño. Por consiguiente hay que supeditar las ganancias de los periódicos al interés nacional.

En estas consideraciones se ha inspirado ahora Italia, como antes Japón, y es menester dar la razón á los que obran tan cuerda y sabiamente. Queda, pues, demostrado que el secreto en la guerra es tan posible en Europa como en el extremo Oriente, no necesitándose para ello más que una firme voluntad. Y por segunda vez queda comprobado que el repetido secreto es una de las primeras medidas de higiene ó profilaxia nacional, á la que deben acudir todos los países cuando se encuentren en la situa-

ción que ahora se ve Italia. No perderán seguramente la lección las naciones del centro de Europa, que ya iniciaron esta marcha en las guerras del siglo pasado, y de desear es que no la olvidemos nunca nosotros en lo porvenir. En los ejércitos en operaciones nunca sobran soldados, ni caballos, ni cañones, pero suelen estar demás los corresponsales y demás huéspedes análogos, que sobre dar noticias que nunca favorecen, ocupan tiempo y personal y distraen á los cuarteles generales. Terminada la guerra, tiempo tienen para dedicarse á sus fantasías y exageraciones.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

## EL ENLACE DE LAS ARMAS SOBRE EL CAMPO DE BATALLA

### II

(Continuación)

Numeros escritores han fulminado sus rayos contra el duelo de artillería. En esta cruzada ¿no han pasado de la medida, y no habrían debido limitarse á reaccionar contra una propensión sistemática á preconizar la lucha particularista de arma contra arma, durante la cual la infantería se mantendría prudentemente en el foro?

Esta reacción contra el abuso pasa de los límites del justo medio. Hay batallas que han comenzado por un duelo de artillería y las habrá siempre, puesto que se presentarán eventualidades en que el mejor modo de preparar la acción del mando y la entrada en línea de la infantería será dar la palabra al cañón. Sin embargo, será menester convencerse que para lanzar la infantería adelante, á fin de obligar á la infantería y artillería contrarias á mostrarse, conviene aprovecharse de la artillería. Esta actitud ofensiva provocará, de una y otra parte, respuestas, que transforman poco á poco el duelo de artillería en una cooperación de las armas cada vez más íntima, á medida que se desenvuelve la lucha. No es fácil apoderarse de una línea, cuyos defensores están metidos en tierra ó atrincherados, haciendo suceder sistemáticamente un ataque de infantería á un duelo de artillería, sino aprovechando los efectos del cañón para ganar terreno.

“Cuando la infantería no puede avanzar, dice el general Langlois, casi siempre es porque la artillería no trabaja para ésta. Pero, en cambio, cuando la artillería no tira ó tira mal, la falta no es de ella siempre, sino del mando, de la infantería, que llenan mal sus deberes.”

Si la artillería debe renunciar al clásico duelo de artillería, que se consideraba antes como el preliminar obligado de todo combate, no ha renunciado, y con razón, á entrar la primera en línea, á lo menos parcialmente, gracias á su velocidad de desplazamiento, para facilitar á la infantería su marcha de aproximación y el cumplimiento de su misión consecutiva.

Del antiguo duelo de artillería no queda más que un concepto, verdaderamente substancial y permanente: la cooperación activa é íntima de las armas en el cumplimiento de la labor común.

Se presenta ahora la cuestión de los cambios de posición. ¿Debe quedar la artillería el mayor tiempo posible en sus posiciones ó seguir á la infantería en sus saltos sucesivos? Difícil es sostener una opinión radical; si la artillería se mueve pierde todo su efecto, toda su potencia, cesa de existir durante su movimiento y el tiempo que emplea en corregir el tiro. Pero si no se mueve, y se contenta con alargar sus trayectorias, no viéndose la infantería manifiestamente sostenida se expone á desmoralizarse.

“Durante el curso del combate, dice el Reglamento belga, los cambios de posición de ciertas unidades de artillería pueden ser necesarios, si las variaciones de la situación táctica requieren modificaciones importantes en el empleo de la artillería. Salvo el caso de una persecución, todo cambio de posición es en general una operación crítica, porque la artillería puede ofrecerse á los fuegos del adversario en una formación vulnerable, sin la protección de las corazas, y sufrir pérdidas que podrían acarrear el ponerla completamente fuera de combate sin respuesta posible.”

He aquí cómo concebimos el papel del cañón en esa alternativa: la preparación del ataque hasta las más cortas distancias posibles se hará por la artillería en principio desde la posición que ocupa, de donde ha referido las distancias y el terreno. En cuanto los frentes enemigos lleguen á 600, 500, 400 metros uno del otro, conviene encomendar á la artillería de tiro curvo percutante la conclusión de este acto de preparación, y esto hasta la llegada de las líneas á unos 100 metros del adversario, para no abandonar la infantería propia en esta hora decisiva. Si durante esta fase crítica las baterías cambiasen de posición, invocando su movilidad para acompañar á su infantería, correrían inútilmente el riesgo de quedar fuera de combate, porque marcharían bajo el fuego de la infantería y de la artillería enemigas, presto á hacer sentir sus efectos contra objetivos favorables como baterías atalajadas moviéndose en batalla ó en columna; intentarían efectuar lo que está casi reconocido imposible cuando las artillerías opuestas están á 3,000 metros de distancia.

Si la artillería quisiese, como en 1870, sostenerse con su infantería, la táctica actual, el perfeccionamiento del cañón y del fusil, no se lo permitirían: la infantería avanza bajo el fuego en formaciones muy espaciadas y escalonadas, en frente y en profundidad, serpentea á través de los campos, siguiendo los desniveles del terreno, franqueando ó contorneando los fosos, prados, cercas, por grupos, escuadras y secciones.

Las baterías no pueden moverse de un modo análogo; el desplazamiento, la movilidad de la artillería no le servirían más que para que se le destruyera sin resultado.

Pero la observancia de este principio no impide en modo alguno que las baterías, bien situadas, cambien de posición á cubierto, por pasillos y comunicaciones más ó menos desenfiladas, y acompañar de lejos ó de cerca y por el flanco á su infantería, sin preocuparse de los peligros de destrucción.

La artillería encontrará una ocasión verdaderamente propicia para llevar sus avantrenes cuando el enemigo comience á ceder. En este instante trágico, no se necesitará ser temerario para avanzar rápida y audazmente; el efecto moral será considerable y se podrá cañonear, á corta distancia, el terreno de que se desea apoderarse, así como á las reservas que entren en línea.

Seguramente habrá muchas eventualidades en las que la artillería tendrá que evolucionar, tanto para adquirir nuevas vistas como para acompañar y sostener á una infantería cuya moral debe robustecerse. ¿Quién dará la orden? ¿Los reglamentos ó los principios? No: el mando.

Los que estiman con razón que los factores psíquicos tendrán una parte preponderante en las combinaciones del jefe, han de reconocer que la artillería debe desplazarse ó á lo menos estar dispuesta á maniobrar en el campo de batalla. Es cuestión de oportunidad y no de fórmula.

Circunstancias excepcionales pueden obligar á la artillería á tomar posiciones al descubierto, por ejemplo: 1.º Si no hay posiciones abrigadas, ó éstas no satisfacen á las condiciones técnicas ó tácticas exigidas. 2.º Cuando la artillería adversaria es demasiado débil para que su acción pueda ser eficaz. 3.º Siempre que haya de ocuparse un emplazamiento determinado ó prestar á otras tropas un apoyo inmediato. 4.º Durante la persecución táctica.

¿En qué términos podemos definir ahora el enlace de la artillería con la infantería? El exámen de las realidades del combate enseña que no hay que pensar empeñar una ú otra de ambas armas según una idea preconcebida, y que no es posible prever su distribución, en tanto no se conozca la fuerza y la extensión del objetivo. Se llega así á aplicar á la artillería, como á la infantería, el principio de la economía de las fuerzas, á fin de obtener la superioridad en el punto decisivo. La dispersión, es decir, la toma de posición en pequeños grupos, conducirá á ser débil en todas partes.

La situación de las baterías no puede responder más que á intenciones tácticas determinadas. La infantería, que es la llamada á empeñarse, avanza hacia un objetivo definido, hasta el punto en que la acción del enemigo le detiene. Se presenta entonces un obstáculo que es menester romper ó separar, con el concurso del fuego de artillería, que contribuirá á neutralizar esa resistencia ó romperla.

De otra parte, durante todo el desarrollo de la batalla, la artillería se consagrará con todas sus fuerzas empeñadas, cada unidad en su esfera, á su deber de apoyo, de sostén del arma hermana, contra el objetivo asignado á ésta, por la concentración, la yustaposición y la superposición de los fuegos, con objeto de obtener el máximo de densidad de tiro compatible con la situación táctica y la distribución de las tropas enemigas; aquí es donde se comprende cómo la atribución de las zonas de vigilancia á grupos ó baterías va directamente contra el principio del enlace de las armas, y que constituye una nueva forma de particularismo de arma y particularismo de grupo dentro del arma.

La indicación de una zona á vigilar ó batir implica desinteresarse de la misión de conjunto encomendada á la gran unidad madre, cuya fracción de artillería depende de ella, porque, obligando á batir todo objetivo que aparezca en la zona designada, ó se impide forzosamente ayudar á su infantería ó contrariar los progresos de las tropas que la amenazan, si esta intervención exige que las baterías salgan de sus sectores de observación.

En el mismo orden de ideas, la artillería disponible que haya tomado una posición de vigilancia, revelará su presencia y cesará de ser reservada, apenas abra el fuego, contra las objetivos que se le presenten. Si esas baterías no pueden tirar corren la eventualidad de ser batidas sin poder responder y sufrir pérdidas que las pondrán más ó menos totalmente fuera de combate.

En la defensiva, como en la ofensiva, la artillería ha de quedar subordinada á la infantería, es decir, que mirará siempre á las tropas que por una razón cualquiera sean el objetivo del arma hermana.

¿Cómo se operará esa concentración de esfuerzos? Por la reunión de las piezas ó por la convergencia de las trayectorias.

Sólo el terreno puede responder á esta pregunta, y será en vano encomendar á recetas la solución. Sin embargo, dada la grande extensión de los frentes actuales y la posibilidad para las baterías de utilizar la casi totalidad de las posiciones, parece, en principio, que se puede otorgar la preferencia á la distribución por grupos de las baterías, sin perder de vista que la razón mayor á la cual hay que sacrificar las facilidades técnicas, es ahora y siempre la necesidad del enlace de las armas.

“El comandante de la artillería, dice el general Percin, es un administrador encargado de arreglar el gasto de artillería. Su preocupación constante es poner sus baterías en estado de llenar sus tareas y tener siempre unidades disponibles para nuevos cometidos. No hay que designar el objetivo táctico, ó á lo menos el de las tropas á las cuales esté particularmente afecta.”

Deduce de este precepto una juiciosa descentralización: nada de reconocimientos del terreno á asignar á la artillería, nada de fijar emplaza-

mientos á ocupar por los grupos, sino indicación á cada uno de ellos de la labor que se le encomiende. Al jefe del grupo compete elegir su posición según las órdenes, las instrucciones ó los consejos del comandante de las tropas de infantería con las cuales obre combinadamente.

El comandante de una tropa, decidido á emprender una acción contra un punto deberá prevenir á la vez á la infantería y á la artillería, de modo que puedan prepararse, la infantería sus formaciones y sus fuegos, la artillería sus posiciones, así como la concentración ó el reparto de su tiro.

La gran dificultad para un jefe que tenga á sus órdenes las dos armas propiamente de combate, será por consiguiente no asignar á sus baterías más que cometidos que puedan llenar, lo que exige un perfecto conocimiento de tres factores los más difíciles de apreciar en la guerra: 1.º El valor relativo y eventual de los útiles (fusiles, cañones, infantes y sirvientes). 2.º El valor de los jefes de unidad (infantería y artillería). 3.º La situación momentánea y forma de los partidos (amigo y enemigo).

La artillería habrá cumplido su deber si en la ofensiva permite á la infantería llegar á corta distancia del adversario, con un mínimo de pérdidas; y en la defensiva si puede detener á las tropas que amenacen la posición.

La infantería habrá prestado á su compañera la artillería un concurso eficaz si ha podido, por su acción y por su fuego, contribuir á proporcionar un objetivo al cañón enemigo, sin dejar de paralizar el tiro de las baterías adversarias.

Para que las dos armas lleguen á enlazar sus actos, es menester que cada una conozca, de un modo profundo, las propiedades de la otra y que pueda alcanzarlas.

El artillero y el infante deben saber que el cañón es una parte de la carne y de la sangre de la infantería. Que no tiene otro papel que el de suplir y sostener á esta en todas las peripecias de la lucha, y darle sin reservas un punto de apoyo para sus líneas asaltantes ó defensivas, victoriosas ó desalentadas.

Creemos, pues, poder deducir las siguientes reglas, para garantizar la cooperación de las dos armas en la batalla:

1.º El comandante de las tropas y el jefe de la artillería se mantendrán reunidos durante el reconocimiento general, para acordar el plan de combate, y durante la acción, para asegurar su constante cooperación. Si el jefe de la artillería ha de separarse del comandante de las tropas, ambos jefes asegurarán sus comunicaciones recíprocas para que no se interrumpan.

2.º Durante la acción, el jefe de las tropas mantendrá al comandante de la artillería al corriente de las peripecias del combate y le dará á cono-

cer sus intenciones. El jefe de la artillería informará á su jefe acerca de la situación de las baterías, cada vez que lo exijan nuevos factores, y pedirá nuevos cometidos para sus unidades; es el enlace del mando ó por arriba, entre las dos armas.

3.º El jefe de la artillería repartirá las misiones entre sus subordinados, al principio de la acción y cada vez que la situación de las tropas de infantería reclame nuevos papeles; los jefes de unidad de artillería tendrán á sus superiores jerárquicos al corriente de los sucesos de que sean testigos y en caso necesario pedirán nuevas instrucciones.

4.º Los jefes de las unidades subordinadas de infantería y de artillería deben asegurar sus enlaces recíprocos en su vecindad, sobre el campo de operaciones.

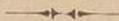
Los jefes de infantería harán conocer á su artillería el punto preciso á batir y el momento de entrar en acción.

La observancia de las dos últimas reglas garantiza la cooperación en la ejecución ó el enlace por abajo, entre las dos armas. Su objeto esencial es suplir la interrupción en los enlaces interiores de cada arma y los retrasos en la transmisión de órdenes; de otra parte, provocan y regularizan el ejercicio de la iniciativa en los jefes de unidad, con relación al concierto de las armas, cuando se presenta una circunstancia imprevista.

A. COLLON

Comandante de la artillería belga,  
adjunto de Estado Mayor

(Continuará)



## TENTATIVAS DE MEJORA DEL ESTADO MAYOR FRANCÉS

La unidad de doctrinas y de pensamiento, que es uno de los principales elementos de fuerza del estado mayor alemán, constituye hace muchos años el desideratum de otros ejércitos. Con el fin de acercarse poco á poco á lo que está vigente en Alemania sobre ese particular, el Ministro de la Guerra de Francia ha ordenado que todos los jefes y subjeses de estado mayor de los diferentes cuerpos de ejército, así como los jefes de estado mayor de las divisiones de infantería y caballería, se reúnan en París, en el estado mayor del Ejército.

Los oficiales convocados serán repartidos en cuatro grupos; dos de los cuales serán llamados cada año para un período de ocho días, comprendiendo la ida y el regreso.

La instrucción tendrá lugar bajo la dirección del jefe de estado mayor general y comprenderá trabajos en las oficinas del estado mayor, una maniobra de doble acción sobre la carta y una maniobra de cuadros sobre el terreno.

Se espera que de este modo el jefe del estado mayor general tendrá ocasión de conocer y apreciar las cualidades de los jefes y oficiales que ocupan plazas importantes en el estado mayor; jefes y oficiales tendrán más facilidades para ponerse al corriente de las nuevas orientaciones sobre asuntos militares, y al mismo tiempo se iniciará la unidad de doctrina respecto de la dirección de las operaciones, redacción de órdenes, funcionamiento del servicio de estado mayor en campaña, etc.

Paralelamente con esta medida, se da más importancia al centro de altos estudios militares, cuyo curso se dividirá en dos periodos: del 16 de enero al 15 de mayo, y del 16 de mayo al 13 de julio.

El período de invierno comprende la enseñanza de las materias siguientes: Ejercicios de cuerpo de ejército sobre la carta; ejercicios de mecanismo de los órganos del ejército y conferencias sobre las materias de aplicación que no puedan ser tratadas por casos concretos (transportes, abastecimientos, informes sobre el ejército alemán etc.); desde el 15 de marzo al 15 de mayo tendrán lugar maniobras de cuadros de división ó de cuerpo de ejército. Bajo la dirección de los miembros del Consejo Superior de Guerra se verificarán dos ejercicios de maniobras de ejército sobre la carta y un ejercicio preparatorio de un viaje de retaguardia.

Durante el período de verano, los oficiales que tomen parte en los estudios efectuarán viajes de estado mayor, bajo la dirección del jefe de estado mayor del ejército, así como un viaje de retaguardia y un viaje de estado mayor, bajo la dirección de los miembros del Consejo Superior de Guerra. Asistirán también á escuelas de tiro de artillería, á estudios críticos de batallas sobre el terreno en que fueron libradas y á una visita á una plaza fuerte.

Finalmente, se anuncia que en lo sucesivo los oficiales que terminen los estudios en la escuela superior de Guerra, no se clasificarán por números de orden, sino por su antigüedad dentro de cada una de las notas: muy bien, bien y bastante bien. Se espera así contribuir á vigorizar el carácter de los futuros oficiales de estado mayor, evitando las adulaciones y debilidades que se ponen en práctica para obtener un buen puesto en la promoción. Esa reforma estará, seguramente, muy en armonía con las ideas democráticas del ejército francés, pero la creemos profundamente equivocada y además injusta. No hay que temer que el alumno se rebaje si el profesorado cumple con su deber, y da una triste idea del mando que para descartar posibles eventualidades se acuda á un remedio que estimula poco la aplicación, en lugar de exigir responsabilidades á quienes incurran en ellas.

## HOLANDA EN UN CONFLICTO INTERNACIONAL

Con motivo de las fortificaciones de Flesinga, nos ocupamos hace poco tiempo en estas columnas de la situación internacional de Holanda y emitimos algunas consideraciones sobre la influencia que probablemente ejercería en caso de una guerra entre Francia, Inglaterra y Alemania. Como ampliación á lo que entonces dijimos, copiamos las principales conclusiones de un folleto escrito por el general holandés Jonkheer den Beer Portugael, acerca de la neutralidad del Escalda; conviene tener presente que el autor pertenece como miembro al Instituto Internacional de la Haya.

Holanda es la única que tiene derechos soberanos sobre la porción del Escalda que cruza á través de su territorio; esos derechos no han sido modificados por el tratado de Londres de 1839; la libre navegación por los ríos, á que se refiere el tratado de Viena de 1815 y confirmado por el tratado de París de 1856, puede referirse al comercio, pero en modo alguno á los barcos de guerra que han de quedar, sin duda, sujetos á las leyes de los Estados en lo que atañe á la admisión de los mismos en aguas territoriales.

Por el tratado de 1839, Holanda se obliga á respetar la neutralidad de Bélgica y reconoce que ésta queda protegida por las cinco grandes potencias, pero sus obligaciones no se extienden á nada más.

Con arreglo á los tratados de 1907, sobre los países neutrales, Holanda no sólo tiene el derecho, sino el deber de impedir á los barcos de los beligerantes el uso del Escalda en tiempo de guerra y para fines militares, tanto si tratan de atacar á Bélgica como si quieren acudir en su auxilio. El mantenimiento de estos derechos y deberes en modo alguno se opone á los deberes de las Potencias de proteger la neutralidad de Bélgica, desde el momento en que esa ayuda puede prestarse sin necesidad de hacer uso de las aguas del Escalda.

En una guerra franco-alemana, Holanda tendría poco que temer de la violación de su neutralidad, especialmente por el E., mientras que Bélgica estaría en gran peligro de ello.

El peligro para los franceses de las fortificaciones de Flesinga es imaginario, porque el peligro real estriba en los ferrocarriles estratégicos de Bélgica, Luxemburgo y Alemania. Según el tratado de París de 1814 y el tratado de Londres de 1839, Amberes debe ser solamente un puerto comercial y si Bélgica desea tener un puerto militar, debe construirlo en otro lugar.

Toda vez que el Congreso de Viena de 1815 resolvió que el campo atrincherado de Amberes y las demás obras necesarias para la defensa de la plaza debían ser destruidas é inutilizadas para el uso de una flota de guerra, es injusto pedir á Holanda que permita el libre acceso de las

escuadras militares al Escalda en tiempo de guerra para emplear Amberes y su campo atrincherado como base de operaciones.

Para conseguir neutralizar el Escalda debería desmantelarse Amberes y construir un fuerte en la desembocadura de aquel río con una guarnición mixta de holandeses y belgas.

Como se ve, el espíritu de las conclusiones que preceden favorece muy poco los deseos de Francia y de Inglaterra, y en cambio redonda en ventaja de Alemania, lo que comprueba que hay que contar con un nuevo factor en caso de guerra entre aquellas Potencias.

---

### BIBLIOGRAFIA

---

*Los Españoles en Marruecos en 1909*, por el general de Torcy; traducción de la segunda edición francesa; con prefacio del general Bonnal, prólogo, biografía del autor y notas por el traductor D. G. C. A. R. S.— París, Berger-Levrault y Madrid, Victoriano Suárez, Preciados, 48, librería, 1911.—XXVI-256 páginas (24×16) y cinco fotograbados, y un apéndice de 49 páginas, conteniendo la Bibliografía de la campaña; 7 pesetas.

Al aparecer, en fecha no remota, la primera edición francesa de la obra del general de Torcy, nos ocupamos de ella con la extensión que merecía tan importante libro, y emitimos sobre el mismo un juicio completamente favorable en lo que atañía á su fondo, aunque [discrepamos de él en algunos pormenores. La segunda edición ha sido vertida al español, lo que facilita su difusión y conocimiento en nuestro país, y aparece completada con las figuras que aparecen á continuación de su título.

El traductor, que tal vez se ha sujetado demasiado á la construcción gramatical de la lengua francesa, lo que es motivo de cierta obscuridad en algunos pasajes, ha puesto multitud de notas al texto. Unas, las más de ellas, se refieren á hechos y datos oficiales que rectifican las cifras ó las observaciones del autor, y por consiguiente están muy en su lugar. Pero otras notas son de mera apreciación y tienen por objeto refutar los juicios del general de Torcy. No creemos que sea muy conveniente este modo de proceder, porque con él se da lugar á perplejidades y discusiones que no siempre facilitan el camino de la verdad. Una obra de verdadera refutación sentaría mejor en volúmen separado, donde se discutiera con toda amplitud los puntos dudosos.

Aparte de esta observación, repetiremos que en muchos puntos estamos de acuerdo con lo que expone el general francés, aunque sin negar que se deja llevar á menudo por sensibles prejuicios y está inspirado en otros por un espíritu demasiado francés, lo que equivale á parcial y estre-

cho. Pero, repetimos, en los hechos y puntos fundamentales, creemos que ha procedido de Torcy con mucho acierto, fuera de la forma algo viva y asaz expresiva del lenguaje. Si se comparan las críticas del general con lo que dijimos de aquella campaña en las crónicas que aparecieron en esta "Revista," en 1910, se verá que hay coincidencia en muchos extremos.

El apéndice ó bibliografía de la campaña de 1909, resulta muy curioso é interesante, aunque de poco valor militar; haremos notar al traductor que no está completa aquella bibliografía, y que tampoco estamos de acuerdo con él en todas las apreciaciones que emite; y es que rara vez, en estas materias, puede haber conformidad entre el punto de vista del publicista ó periodista y el del militar ó técnico.

Creemos que la lectura del expresado libro ha de ser muy provechosa á todos, por lo que recomendamos nuevamente tan interesante y discutida obra á nuestros lectores.

---

*España y Francia en Marruecos á principios de 1911*, por el general de Torcy; traducción de la segunda edición francesa con prólogo y notas por D. G. C. A. R. S.—Paris, Berger-Levrault y Madrid, Perlado, Paez y Compañía, Arenal.—II.-31 páginas (23×16), 1'50 pesetas.

La traducción de este folleto se ha inspirado en los mismos principios que la del libro anterior, por lo que le son aplicables las observaciones que antes hemos formulado.

El escrito del general de Torcy lleva la marca francesa, como todo lo que escriben nuestros vecinos del N. acerca de la cuestión de Marruecos; pero justo es consignar que se han reducido al mínimo las exageraciones y que abundan las apreciaciones sensatas y los juicios exactos y desapasionados. No se puede pedir que escriba y piense en español, ni siquiera que escriba y piense con entera imparcialidad, un general francés, en cuestiones que tanto afectan á su patria; no obstante, este folleto es de lo más correcto que hemos leído de todo lo publicado y que se publica en Francia. Dada la relevante personalidad del general Torcy y sus relaciones, no por encubiertas, menos positivas con los elementos directores de la República del N., tienen grande significación y positivo valor las afirmaciones que se estampan en el folleto. Nuestros lectores deben meditarlo, seguros de que encontrarán una acertada orientación en materia tan confusa y litigiosa.

---

*Memoria sobre el ejército búlgaro, redactada como consecuencia del viaje realizado en 1908*, por D. Joaquin de la Llave y Garcia, Coronel de Ingenieros.—Madrid, 1910. 94 (20×14) páginas.

Modestamente llama el autor á este folleto *Memoria sobre el ejército búlgaro*, cuando en realidad es una completa y perfecta descripción de la nación búlgara, si bien ocupa preferente lugar cuanto atañe al ejército.

El coronel de la Llave, que es un maestro en el relato de viajes, pues sabe combinar como pocos la parte episódica con la técnica, para que el lector se asimile sin cansancio, antes con gusto, esta última, nos presenta un cuadro viviente y animado de lo que es Bulgaria y su ejército. Este moderno reino está llamado en plazo breve á ocupar lugar preferente en el conflicto que parece avecinarse en los Balkanes; para apreciar en su verdadero alcance y comprender el desarrollo de los sucesos, precisa tener conocimiento previo de las características del pueblo y del ejército; nada mejor para ello que el folleto del coronel de la Llave, que aun sin ese punto de vista resulta en extremo instructivo y ameno.

Describe la formación del Estado búlgaro y la geografía de Bulgaria, su estado político, social, intelectual; comercio, industria y hacienda; su organización militar, cuanto se refiere á la oficialidad y el estado mayor, y todas las armas y servicios del ejército.

Obra es esta de quien sabe ver las cosas y referirlas á los demás, lo que ciertamente es mucho más difícil de lo que parece. Las descripciones y relatos son dignos de autor tan eminente y conocido en España y fuera de ella, lo que nos releva de hacer su elogio, que resultaría de sabor pedantesco.

¡Lástima que no poseamos otras fuentes igualmente valiosas para conocer los demás países balcánicos! Felicítamos al prestigioso coronel de la Llave y recomendamos á todos la lectura de su folleto.

